



Psicoperspectivas

ISSN: 0717-7798

revista@psicoperspectivas.cl

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Chile

SILVA RÍOS, CARLOS; BURGOS DÁVILA, CÉSAR
TIEMPO MÍNIMO-CONOCIMIENTO SUFICIENTE: LA CUASIETNOGRAFÍA SOCIOTÉCNICA EN
PSICOLOGÍA SOCIAL

Psicoperspectivas, vol. 10, núm. 2, 2011, pp. 87-108

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Viña del Mar, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=171018843005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

TIEMPO MÍNIMO-CONOCIMIENTO SUFICIENTE: LA CUASI-ETNOGRAFÍA SOCIOTÉCNICA EN PSICOLOGÍA SOCIAL

CARLOS SILVA RÍOS (*)

CÉSAR BURGOS DÁVILA

Universitat Autònoma de Barcelona, España

RESUMEN En psicología social como en diferentes disciplinas de las ciencias sociales, la práctica etnográfica se caracteriza por la participación del investigador en la vida cotidiana de la gente durante un largo periodo de tiempo. Heredado de la tradición, ha sido dominante el criterio de permanencia prolongada para realizar un trabajo de campo que pueda ser considerado etnográfico. Distanciándonos de lo que exige la tradición etnográfica, proponemos que en un tiempo mínimo es posible generar un conocimiento suficiente. Tomamos como punto de partida la propuesta minoritaria de la cuasi-etnografía y nuestra práctica como investigadores, asumiendo la Teoría del Actor-Red y la descripción densa como puente teórico-metodológico hacia la producción de conocimiento en el marco de una temporalidad mínima.

PALABRAS CLAVE cuasi-etnografía; etnografía; tiempo; trabajo de campo; descripción densa; teoría del actor-red.

MINIMUM TIME-SUFFICIENT KNOWLEDGE: QUASI SOCIOTECHNICAL ETHNOGRAPHY IN SOCIAL PSYCHOLOGY

ABSTRACT In social psychology as well as in various social sciences, ethnographic practice is characterized by the researcher's participation in the daily lives of people over a long period. Inherited from the anthropological tradition, the criterion of prolonged stay to do fieldwork has been dominant. We take distance from this requirement and propose that it is possible to generate sufficient knowledge in minimum time. Our starting point is both quasi-ethnography and our practice as researchers. We assume Actor-Network Theory and thick description as a bridge to a plausible theoretical and methodological knowledge production within a minimum time.

KEYWORDS quasi-ethnography; ethnography; time; fieldwork; thick description; actor-network theory.

RECIBIDO CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO:

15 Noviembre 2010 Silva, C. y Burgos, C. (2011). Tiempo mínimo-conocimiento suficiente: La cuasi-etnografía sociotécnica en psicología social. *Psicoperspectivas*, 10 (2), 87-108. Recuperado el [día] de [mes] de [año] desde <http://www.psicoperspectivas.cl>

ACEPTADO

13 Junio 2011

* AUTOR PARA CORRESPONDENCIA:

Departament de Psicologia Social, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra (Cerdanyola del Vallès), España. Correo de contacto: CarlosEnrique.Silva@campus.uab.cat

DOI:10.2225/PSICOPERSPECTIVAS-VOL10-ISSUE2-FULLTEXT-4

ISSN 0717-7798

ISSNe 0718-6924

No es necesario saberlo todo para comprender algo.

Clifford Geertz

"Ethnography" has turned into a complicated concept.

M.H. Agar

¿Cuál es el beneficio epistemológico de considerar complejo un concepto? El primero, y acaso el más relevante, es que esa complejidad más temprano que tarde se convierte en un horizonte abierto a toda una miscelánea de posibilidades heurísticas. El segundo, y acaso el más riesgoso, es que esa apertura puede muy bien no ser compatible con el rigor y la sistematicidad que tradicionalmente se atribuyen al trabajo científico. La práctica de la etnografía nos ubica en ese borde difuso entre (re)inventar cierto mundo y ponerle bridas argumentativas a esa (re)invención, aunque dentro de las ciencias sociales ha habido un interés creciente en apostar por esta segunda posibilidad, es decir, investir a la etnografía de un rigor que no sin cierto esfuerzo puede lograr. Si echamos un vistazo a sus orígenes formales e informales entenderemos el por qué de esa dificultad.

Según Hymes (1993), la etnografía tiene ilustres antepasados, entre los cuales pudiera incluirse a Herodoto (484 y 425 a.C.). Igualmente, también pudieran considerarse precursores de la etnografía a viajeros, misioneros, y personajes afines, cuyos relatos, además de informar, contribuyeron a reflexionar sobre la cultura de los pueblos. Estos relatos poseían en común la preocupación por captar, parcial o totalmente, un modo de vida y parecían animados por preguntas aparentemente elementales del tipo "¿cómo son estas personas?", "¿qué las hace ser como son?" Mucho más tarde, esas preguntas darían sentido a la tarea que realizaría el antropólogo.

En sus inicios, la etnografía no se resistía a ser definida (Agar, 2004). Su definición era simple y acaso tautológica: lo que hacían los antropólogos cuando realizaban sus investigaciones. La etnografía era una actividad propia de un rol disciplinar y, al mismo tiempo, era la actividad que daba sentido y definía ese rol. El antropólogo se mezclaba con personas extrañas a su mundo de procedencia, distinguía sus hitos de existencia y luego elaboraba un texto que entre sus pares pasaba a funcionar por esos hitos. Lograrlo requería una inmersión prolongada en la comunidad, tratando de ver y registrar lo más posible ("observación participante"). Además de observar, conversaba con la gente para complementar el sentido de sus observaciones,

("entrevistas informales"). Todo quedaba anotado en un soporte de papel llamado, tanto el objeto como las notas, "diario de campo". Ese diario, ya pulido, se convertía en un extenso reporte de investigación y, en ocasiones, acababa siendo un libro. A este resultado se le conoce como etnografía. Al igual que Agar, Werner y Shoepfle (1993), por modo de anécdota jocosa y reveladora, cuentan que al preguntarle al antropólogo Robert Launay (1993) qué podría considerarse etnografía, respondió divertidamente: "Una etnografía es cualquier informe escrito que se basa en un trabajo de campo" (p. 115). Esta idea ha sido cuestionada por algunos antropólogos que han resaltado como limitación de los estudios etnográficos la falta de formación en antropología. Para ellos, una etnografía sin base antropológica no pasa de ser una modalidad superficial de investigación social (Ogbu, 1993).

Así, no es ningún desacierto afirmar que la perspectiva etnográfica ha sido patrimonio inalienable de la antropología. Todo aquel que utilice este término sin ser antropólogo corre el riesgo de ser interpelado por cualquier representante de esa disciplina, quien no sólo le exigirá credenciales, sino también una férrea fidelidad teórica y metodológica que carezca de fisuras. No obstante, esa ortodoxia no ha sido suficiente y, afortunadamente, ha habido disidencias. Goetz y Lecompte (1988), hace poco más de veinte años atrás, afirmaron:

Existen también otros estudios que, según algunos investigadores, no pueden ser calificados en absoluto de etnográficos (Rist, 1980; Wolcott, 1980). Dichos estudios se diferencian del diseño clásico en que se centran únicamente en pequeños subsistemas culturales mayores; incluyen las microetnografías de aulas individuales y los estudios diádicos de los sociolingüistas (puede verse una antología de ejemplos en Spindler, 1982b). A veces renuncian al carácter multimodal de la etnografía tradicional y basan sus diseños en una sola técnica de recogida de datos, prescindiendo de la triangulación o corroboración a partir de diversas fuentes. Este es el caso de la investigación a partir de datos o entrevistas de carácter biográfico (p. ej. Fuchs, 1969), los estudios que emplean programas de observación fuertemente estructurados y limitados (p. ej. Kounin, 1970), o los diseños que incorporan un corto período de observación de campo, a fin de aportar datos contextuales para lo que es, esencialmente, un análisis de muestras o un estudio experimental (p. ej., Ginsburg, Meyenn y Miller, 1980). Las investigaciones a las que con más insistencia se niega su condición de etnográficas son aquellas a las que Wolcott prefiere calificar de descriptivas; se trata de estudios que adoptan algunos o todos los métodos de la

etnografía clásica, pero no utilizan los marcos interpretativos, conceptuales y teóricos de la antropología cultural. Se los puede denominar cuasi-etnografías, al igual que a la investigación que, aun empleando conceptos y métodos etnográficos tradicionales, los combina con otros métodos y marcos teóricos en un enfoque interdisciplinar (p.42)

Así, pues, las perspectivas etnográficas han florecido más allá del cerco disciplinar operado por la antropología. Este tipo de disposición comprensiva ha sido practicada por educadores, sociólogos, psicólogos, economistas, y otros científicos sociales (Werner y Schoepfle, 1993). Como suele suceder, cada disciplina reclama para sí cierta peculiaridad. En el caso de la psicología social, disciplina a la cual nos adscribimos, las investigaciones que adoptaron una perspectiva cualitativa comenzaron a florecer a mediados de la década de los 80 justo después de lo que se conoce genéricamente como “la crisis” (Parker, 1989). Dentro de las metodologías cualitativas más habituales en la investigación psicosocial se encuentra la etnografía. Básicamente, se la utiliza con la intención explícita de comprender aquello que se observa en términos de las personas observadas (Íñiguez, 1995, 1999a). El investigador intenta formar parte la vida cotidiana de las personas durante un período largo de tiempo. “Observa, escucha, habla con las personas y registra cualquier información disponible relacionada con el objetivo de la investigación que esté llevando a cabo” (Íñiguez, 1999b, p. 500).

Según Sánchez-Candamio (1995), los estudios etnográficos han hecho posible obtener resultados y estudiar situaciones nuevas o cambiantes, difíciles de abordar desde perspectivas más tradicionales. Las técnicas propias de la etnografía permiten evaluar la intervención participativa del investigador y reflexionar al respecto y han servido de puente entre la teoría y la práctica, basándose en el siguiente argumento: los conocimientos se construyen recurriendo al juicio crítico de quien observa y analiza las interacciones en su contexto. Por último, esta autora afirma que los resultados etnográficos benefician, directa o indirectamente, a aquellas personas que no pertenecen a la llamada comunidad científica.

Las peculiaridades de la etnografía en psicología social, ya sea como proceso, resultado o aplicación de ciertas técnicas, no se encuentran muy distanciadas de los criterios propuestos por la antropología. Se han asumido algunos criterios de la etnografía antropológica para desarrollar, evaluar y validar ciertos estudios

psicosociales, en ocasiones asumiendo la misma ortodoxia que han intentado preservar los antropólogos.

Tiempo Máximo vs. Tiempo Mínimo

Uno de los pilares fundamentales de la ortodoxia etnográfica es el tiempo. Para que una investigación sea considerada etnográfica es necesario desplegar la acción investigativa en un continuo temporal prolongado. Tanto en antropología como en psicología social existe un acuerdo tácito en este respecto. Se da por sentado que para realizar una investigación etnográfica el trabajo de campo debe durar un período largo de tiempo. Recabar la mayor cantidad de información posible y tomar notas descriptivas de todo lo observado parecen requerir, inevitablemente, largas estancias en el campo. Esto se sigue de un argumento relativamente simple: a mayor tiempo invertido en el trabajo de campo, mayor y mejor comprensión se tendrá del fenómeno estudiado, mejores serán los resultados y se puede considerar que se trata de una etnografía.

Actualmente, pensar en un tiempo prolongado para la investigación es un lujo y en ocasiones resulta imposible hacerlo (Jeffrey y Geoff, 2004). Ante las condiciones impuestas por la tradición y las limitaciones de la actualidad, consideramos apropiado, pertinente y, sobre todo, práctico más que cuestionar ofrecer, siempre modestamente, una visión alternativa de la relación entre el tiempo y el proceso de investigación etnográfica. La tarea más complicada de un etnógrafo es justificar los elementos que componen su trabajo (Werner y Shoepfle, 1993). Sin considerarnos etnógrafos ni querer pasar por etnógrafos, en nuestro trabajo investigativo intentamos crear espacios para una práctica etnográfica que, aun respetando la ortodoxia, no le teme a la heterodoxia. En este sentido, y guardándonos un poco de 'inventar el agua tibia', hemos recuperado algunas propuestas consideradas minoritarias donde la relación entre tiempo y trabajo de campo es diferente a la tradicional. Ante la concepción predominante de tiempo máximo es igual a conocimiento máximo, nos inclinamos hacia esta otra idea: en un tiempo mínimo es posible generar un conocimiento suficiente¹. Cabe aclarar que cuando usamos el

¹ Sirvan como ejemplo el trabajo de Bruno Latour (2001) quien siguió a edafólogos en la selva amazónica; los de Antoine Hennion (2002; 2010) y Amparo Lasén (2004) sobre producción y apropiación de la música en distintos espacios; el de Marc Augé (1987) sobre las lecturas del metro de París entre una estación y otra. El común denominador de estos trabajos fue la observación de eventos específicos durante períodos cortos, pero que explican de manera exhaustiva el fenómeno social que en su momento interesaba.

término “suficiente”, estamos haciendo referencia a un límite de sentido según el cual el investigador o investigadora considera que la información recogida es apta, idónea y bastante para dar cuenta de los objetivos planteados; y por “bastante” entendemos una información que ni sobra ni falta. Por supuesto, esto último dependerá de las particularidades de cada caso; dicho con simplicidad, lo que es suficiente o bastante para una investigación puede que no lo sea para otra.

Tal como hemos dicho, hay una tendencia a considerar que un trabajo de campo es aceptable si su realización ha implicado un período largo de tiempo. Dentro de la misma antropología existen diferentes propuestas sobre el tiempo que debe destinarse para que el trabajo de campo cumpla con las exigencias metodológicas de la etnografía. Jeffey y Geoff (2004) rescatan algunas divergencias y destacan que algunos investigadores han considerado apropiado destinar dos años para realizar su trabajo de campo; esto tomando como pauta el trabajo realizado por Malinowski (1975, 1993, entre otros)². Para otros investigadores lo ideal es un mínimo de doce meses, tiempo suficiente para que el investigador tenga la oportunidad de observar lo que corresponde a un ciclo anual. Otros consideran que es importante la permanencia prolongada del etnógrafo en el campo sin establecer un criterio específico de tiempo (Goetz y LeCompte, 1988; Hammersley y Atkinson, 1994; Hymes, 1993; Íñiguez, 1995; 1999; Ogbu, 1993; Pujadas, 2010; Velasco y Díaz de Rada, 1997; Willis y Trondman, 2002; Woods, 1987). Sin embargo, para Wolcott (1993) el tiempo no es un factor decisivo. Según él, hacer etnografía no es pasar mucho tiempo en el campo. He aquí algunos de sus argumentos principales:

Permanecer mucho tiempo haciendo un trabajo de campo no produce, en y por sí mismo, una “mejor” etnografía, y no se asegura de ninguna manera que el producto final será etnográfico. El tiempo es uno de los diversos ingredientes “indispensables pero no suficientes” de la etnografía: sin él la etnografía no es suficiente, pero con él no es indispensablemente etnografía. Dependiendo de la habilidad del investigador, su sensibilidad, el problema y el contexto, los períodos “óptimos” en el trabajo de campo pueden variar tanto como las circunstancias que lo demandan, pero el tiempo,

² Malinowski (1975, 1993) en la descripción metodológica de su trabajo de campo realizado en la costa sur de Nueva Guinea, reconoce que el secreto del trabajo etnográfico reside en vivir entre las personas que se desea observar y convivir con ellos la mayor cantidad de tiempo posible.

considerado aisladamente, no garantiza que se haya llegado a conocer y comprender un contexto completamente (p. 129).

Según Wolcott (1993), el tiempo destinado para el trabajo de campo debe ajustarse y reajustarse a las circunstancias y condiciones del campo mismo y de la investigación en general. Puede que a primera vista planear o destinar doce meses como mínimo sea lo ideal, pero una segunda mirada puede poner en evidencia que sería inviable apegarse a un criterio de división temporal de corte igualmente cultural. En muchos casos, la intensidad de la vida académica y las presiones de organismos de financiación, que exigen resultados más rápidos, puede considerarse como una de las causas de esa inviabilidad. El discurso de la rentabilidad, por ejemplo, deja claro que la cantidad de tiempo destinado a la investigación es un valor central siempre y cuando se ahorre lo más que se pueda. Poco importan o impresionan los argumentos que justifiquen la importancia de los períodos prolongados. Lo importante son los resultados plausibles obtenidos en un tiempo óptimo que, preferiblemente, ha de ser mínimo (Jeffrey y Geoff, 2004).

Wallford (en Jeffrey y Geoff, 2004) señala que en las investigaciones doctorales, por ejemplo, los estudiantes son privilegiados. Es poco probable que en otra ocasión tengan el tiempo suficiente para realizar un estudio etnográfico completo, y es altamente improbable que durante la vida académica se tenga una oportunidad igual. No obstante, tal como los académicos profesionales, los estudiantes de doctorado también son privados de esos privilegios. En el diseño del proyecto doctoral y durante la presentación y evaluación de los informes de progreso, se ejerce una presión centrada en el factor tiempo. Una sugerencia recurrente de los evaluadores expertos es apresurar el paso y destinar el tiempo apropiado a cada fase de la tesis. Así, para los evaluadores, basados en un criterio estrictamente cronogramático, no es recomendable que un estudiante destine más de cuatro meses a la realización del trabajo de campo, puesto que, formal y legalmente, la tesis se debe culminar en un tiempo máximo de 3 años. Ante este panorama, los investigadores se ven forzados a permanecer en el campo ya no el tiempo ideal, sino el tiempo suficiente (Wilcox, 1993).

Esto tiene una consecuencia disciplinar de minimización del status metodológico de esos trabajos. No pueden ser considerados etnografías en el sentido clásico del término, si se toma como criterio principal el tiempo, sino que apenas llegan a cuasi-etnográficos, micro-etnográficos o de tipo etnográfico. Esas categorías pertenecen a

un mismo orden, siempre menor al orden de la etnografía formal, y aunque cada una posee características propias, tienen el común denominador de no cumplir con el criterio de tiempo que establece la tradición.

En las cuasi-etnografías, el tiempo invertido en el trabajo de campo no es extenso. En ocasiones, la observación no se hace en un único espacio, sino que los lugares de observación son múltiples y la frecuencia de visitas a estos sitios son limitadas y discontinuas. Estos estudios se caracterizan por profundizar en eventos o situaciones sociales específicas (Murtagh, 2007; Spradley, 1980). En esta categoría también entran los estudios que adoptan alguno de los métodos de la etnografía clásica combinándolos con métodos y marcos teóricos de enfoques interdisciplinarios (Bouché, 1994; Goetz y Lecompte, 1988). En las micro-etnografías tienen cabida las investigaciones que se centran en el estudio de pequeñas agrupaciones o pequeños subsistemas de sistemas culturales mayores. También caben aquí las que han aplicado una sola técnica de recogida de información durante el trabajo de campo (Goetz y Lecompte, 1988; Werner y Shoepfle, 1993). Las investigaciones de tipo etnográfico se refieren a trabajos realizados siguiendo la lógica de la etnografía, pero son estudios de corta duración (Íñiguez, 1999b; Sánchez-Candamio, 1995). Al igual que las etnografías formales, las cuasi-etnografías y las micro-etnografías suelen realizarse en contextos que no son del todo extraños para el investigador, es decir, no son estudios de culturas exóticas. Se realizan en contextos familiares o cercanos. Los estudios cuasi-etnográficos y micro-etnográficos marcan una distancia respecto de la etnografía tradicional, en el sentido de que no arriesgan una descripción completa del fenómeno que les interesa, sino que se enfocan en el estudio de actividades particulares. El etnógrafo durante su trabajo de campo opta por una estrategia selectiva de recopilación de información. Registra solamente aquellos aspectos que considera importantes, abandonando así la idea de exhaustividad holística que predomina en los estudios etnográficos clásicos (Ogbu, 1993; Werner y Shoepfle, 1993).

¿Cómo llevar a cabo este tipo de estudios para compensar la falta de tiempo prolongado durante la investigación? Una de las propuestas que hacen Jeffrey y Geoff (2004) consiste en realizar estudios cuasi-etnográficos en un marco temporal donde primen la selectividad y la intermitencia. Para estos autores, esta modalidad supone una aproximación flexible al momento de realizar el trabajo de campo. Es intermitente porque las observaciones se realizan cuando el contexto y las condiciones lo permiten, además el investigador observa cuando lo considera

apropiado. El número de visitas para realizar observaciones está determinado por los objetivos de la investigación. Algunas visitas pueden ser sucesivas y otras esporádicas. Es selectiva porque el investigador decide los momentos y los espacios apropiados, considerando a las personas con quienes pasará tiempo para recopilar información. El interés del investigador está abierto a los acontecimientos que ocurren durante el proceso de investigación y es capaz de seguirlos, descartando aquellos que considera menos importantes o interesantes. El principal objetivo que persigue este tipo de investigaciones es profundizar en un aspecto muy concreto. El registro de observaciones es suficiente cuando se alcanza un punto de saturación de las descripciones detalladas, i.e., cuando esas descripciones no parecen aportar información relevante o que la información tiende a repetirse.

Cabe decir que así como la presencia prolongada del etnógrafo no garantiza que un estudio sea etnográfico, tampoco lo garantiza la exhaustividad de una descripción. Puede existir una descripción que más allá de los detalles no diga nada, que no dé con el sentido de lo observado. La elaboración de un relato sobre un evento específico debe estar orientada hacia la descripción, pero también hacia la interpretación (Wolcott, 1993). Es un poco como hacer confluir en la misma esfera de sentido a los etnógrafos realistas y a los etnógrafos fenomenológicos de los que habla Denzin (1997). Mientras los primeros ven historias en la sociedad, que están allí esperando que alguien las escriba, los segundos escriben desde sí sus propias historias para que se conviertan en textos culturales. Insistimos, desde nuestra perspectiva, la confluencia de los detalles observados y descritos y de las interpretaciones de una situación específica permite que en un tiempo mínimo sea posible generar un conocimiento suficiente que ofrezca una comprensión particular de un fenómeno psicosocial igualmente particular. Este tipo de confluencia puede lograrse a través de lo que se conoce como descripción densa. Aunque debemos aclarar que esta propuesta no es ni privativa ni necesaria para sostener nuestro argumento principal, es decir, puede que otras aproximaciones descriptivas o interpretativas sirvan para el mismo propósito. De momento, hablaremos de la que adoptamos dejando abierto el horizonte para otras posibilidades.

La Descripción Densa

Aunque el término fue acuñado a finales de los 40 por el filósofo inglés Gilbert Ryle (1990), esto de la descripción densa fue incorporado al mundo de la etnografía a principios de los 70 por el antropólogo estadounidense Clifford Geertz (1987). Como

cualquier antropólogo que se precie, el punto de partida de Geertz (1987) es el concepto de cultura. Para él, la cultura es una urdimbre de significaciones y para comprenderla no hay que buscar leyes a través de medios científicos experimentales, sino a través de la interpretación. De hecho, la metáfora de la trama cultural de naturaleza semiótica permite a Geertz (1987) redefinir la actividad etnográfica:

Hacer etnografía es establecer relaciones, seleccionar a los informantes, transcribir textos, establecer genealogías, trazar mapas del área, llevar un diario, etc. Pero no son estas actividades, estas técnicas y procedimientos lo que definen la empresa. Lo que la define es cierto tipo de esfuerzo intelectual: una especulación elaborada en términos de, para emplear el concepto de Gilbert Ryle, 'descripción densa' (p. 21).

Nótese cómo Geertz (1987) establece una diferencia pero no una exclusión entre la etnografía tradicional y esa otra etnografía que se encuentra donde fenomenología, hermenéutica y semiótica parecen confluir. Así, pues, además de observar, reconocer, examinar y registrar, el investigador social con disposición etnográfica ha de meditar, reflexionar, teorizar y, en definitiva, perderse reflexivamente en las sutilezas para poder dotar de densidad a sus descripciones. Para Geertz (1987) describir densamente supone poder establecer una: "jerarquía estratificada de estructuras significativas atendiendo a cuáles se producen, se perciben y se interpretan" (p. 22). Dicho de otra manera, la descripción consiste en "desentrañar las estructuras de significación [...] y determinar su campo social y su alcance" (p. 24). El verbo 'desentrañar' no es usado aquí accidentalmente. Geertz (1987) considera que la Alteridad, aunque parezca transparente, siempre es misteriosa. Afortunadamente, también piensa que ese misterio y los signos que conducen a su desciframiento están disponibles para todo aquel que esté dispuesto a distinguirlos. "La cultura es pública porque la significación lo es" (Geertz, 1987, p. 26). Este es un aspecto ontológico clave en el discurso del autor. Para él, la cultura no es una entidad concreta, no es un "en sí" del cual puedan predicarse causas eficientes. "La cultura es un contexto" (Geertz, 1987, p. 27) dentro del cual pueden describirse acontecimientos de manera inteligible, es decir, densa. Nótese de nuevo otra sutileza semántica, "denso" no significa "apretado, oscuro, confuso", sino aquello que puede ser entendido. Un chiste, por ejemplo, aunque breve puede ser denso en la medida que cumple la finalidad de hacer reír a un otro-como-yo. Si no formamos parte de esa alteridad común, sino de una alteridad exótica, el chiste no nos hace gracia.

Para describir densamente no basta una concepción semiótica de la cultura y una disposición interpretativa. Hace falta, también, asumir una postura teórica. Para Geertz (1987) la cultura no es el grado cero de la significación ni todo lo que se predique de ella debe estar conformado por material cultural originario. El investigador llega al campo con cosas que ya sabe, es decir, con concepciones sobre el mundo y sobre el conocimiento. Llega siendo antropólogo o, en nuestro caso, psicólogo social o representante de cualquier otra ciencia social. Esto en modo alguno representa un sesgo cuestionable y, por ende, evitable. Representa un sesgo, sí, pero saludable. En palabras de Geertz (1987):

Si bien uno comienza toda descripción densa (más allá de lo obvio y superficial) partiendo de un estado general de desconcierto sobre los fenómenos observados y tratando de orientarse uno mismo, no se inicia el trabajo (o no se debería iniciar) con las manos intelectualmente vacías. En cada estudio no se crean de nuevo enteramente las ideas teóricas; como ya dije, las ideas se adoptan de otros estudios afines y, refinadas en el proceso, se las aplica a nuevos problemas de interpretación. Si dichas ideas dejan de ser útiles ante tales problemas, cesan de ser empleadas y quedan más o menos abandonadas. Si continúan siendo útiles y arrojando nueva luz, se las continúa elaborando y se continúa usándolas (p. 37).

Así, la descripción gana densidad si se suma a lo desconocido aspectos relevantes o pertinentes de lo que ya conocemos. En nuestro caso, ese añadido representa la capa científica de la cultura y permite elaborar enunciados generales, no sobre la totalidad, sino sobre la particularidad. La descripción densa aspira a salvar la brecha que siempre ha existido entre lo particular y lo general:

Un conjunto de conceptos y de sistemas de conceptos muy generales y académicos [...] está entretejido en el cuerpo etnográfico de descripción densa con las esperanzas de hacer científicamente elocuentes meras ocurrencias aisladas. La meta es llegar a grandes conclusiones partiendo de hechos pequeños pero de contextura muy densa, prestar apoyo a enunciaciones generales sobre el papel de la cultura en la construcción de la vida colectiva relacionándolas exactamente con hechos específicos y complejos (Geertz, 1987, p. 38).

Ya para cerrar esta sección, queremos resaltar la relación entre el acontecimiento mínimo y la etnografía de corto plazo. Estar poco tiempo en el campo supone adoptar una aproximación descriptiva-interpretativa que implique dotar de densidad,

es decir, de intelección a cada evento registrado en particular y al modelo general que se va construyendo a partir del trabajo de campo, la consideración de los objetivos y la asunción de un marco teórico específico.

La Teoría del Actor-red

El marco teórico que hemos asumido para llevar a cabo nuestras investigaciones psicosociales con incursiones etnográficas de tiempo mínimo, ha sido la Teoría del Actor-Red (ANT) (Hennion, 2002, 2003, 2010; Latour, 1992, 2001, 2005; Latour y Woolgar, 1995). La referiremos muy brevemente, no sin antes aclarar, tal como lo hicimos con la descripción densa, que no se trata de una perspectiva especial o recomendable o mejor que otras para realizar una etnografía del tipo que proponemos. Se trata más bien de la plataforma desde la cual hablamos y que en cierto modo completa el sentido de nuestra propuesta. No obstante, estamos seguros que desde cualquier otra plataforma que admita una aproximación etnográfica al mundo, nuestra propuesta con las modificaciones y adaptaciones pertinentes bien pudiera funcionar. Hecha esta aclaratoria va la ANT.

¿Cómo “produces” lo público?, se pregunta Latour (Katti, 2006), respondiéndose a sí mismo de esta manera: para producir lo público se necesitan dos cosas: una asamblea³ y un tópico⁴. La ANT se interesa precisamente por las conexiones entre un gran conjunto de actores heterogéneos (la asamblea), en ciertos lugares y alrededor de ciertos temas (los tópicos). Y su interés lo expresa rastreando esas conexiones y, luego, describiéndolas densamente.

El rastreo supone: a) Siempre buscar huellas y, b) No siempre saber a dónde nos llevarán esas huellas. En la ANT se intenta distinguir conexiones. Aquello que se conecta se conoce como mediador. Los mediadores son entidades cuyas entradas no sirven para predecir sus salidas. Transforman, traducen, distorsionan y modifican el significado o los elementos que transportan. En este sentido, cualquier cosa puede ser

³ En inglés *assembly*. Tanto en francés así como en inglés y también en castellano, la palabra “asamblea” significa “reunión numerosa de personas”. Etimológicamente, esa palabra proviene del latín y significa “acercar lo uno y lo otro”. Creemos que tal es el sentido que se ajusta a lo que la ANT y en particular Latour (2005) quiere expresar.

⁴ Aun cuando traducimos el término del inglés *topic*, usamos la palabra “tópico” y no la palabra “tema” (que sería la traducción literal) por una razón también de carácter etimológico y por suponer hermenéuticamente lo que el autor quería decir cuando usó ese término y no otro. En efecto, Latour parece indicar que para que lo público surja hace falta gente conectada entre sí y una segunda cosa que tiene un sentido bífido. Primero, hace falta algo de lo cual se hable y que sea común y, segundo, hace falta un lugar donde la asamblea hable de ello. La palabra “tópico” alberga ambos sentidos.

un mediador. Una conversación banal, dice Latour (2005), puede convertirse en una cadena de mediadores terriblemente compleja en la cual las pasiones, las opiniones y las actitudes se bifurcan una y otra vez, como pliegues en origami.

Esta tendencia a la impredecibilidad es lo que caracteriza a los mediadores. Por ello, el científico social no puede vaticinar dónde estarán los mediadores, sino dónde han estado. Más que predecir, el científico social rastrea, sigue las huellas de los actores asociados. La miscelánea de acciones realizadas por las asambleas sólo es visible por las huellas que los mediadores dejan. La tarea, desde la perspectiva de la ANT, es registrar las conexiones entre marcos de referencia cambiantes en lugar de intentar mantenerlos estables para poder comprenderlos (Latour, 2005).

El rastro que seguimos permite determinar no sólo lo que ha sido, sino lo que va siendo y el conjunto heterogéneo de mediadores, humanos y no humanos, implicados en ese hacer. El mapa general del rastreo eventualmente facilita la toma de decisiones sobre cómo redefinir y redireccionar las trayectorias y cambiar las conexiones o viceversa.

Hemos dicho actores humanos, ¿hay acaso actores que no sean humanos? En el caso de la ANT la respuesta es afirmativa. Las personas y las cosas responden a una suerte de homología ontológica. El valor existencial de unos y otros no difiere aunque los ámbitos y factores de actualización de esa existencia sean diferentes. El principio que resume esta manera de ver el mundo se denomina principio de simetría. Este principio sostiene que la continuidad de cualquier curso de acción muy pocas veces supone la relación exclusiva entre un humano y otro o entre un objeto y otro. Por lo general, zigzaguea entre los unos y los otros. Dividir el mundo entre asuntos humanos y asuntos objetuales o naturales, es un artificio que no favorece la comprensión. Ser simétrico significa no imponer, a priori, una asimetría espuria entre la acción humana intencional y las relaciones causales del mundo material (Latour, 2005). Un par de ejemplos muy populares dentro de la esfera de la ANT ilustran lo dicho. El primero se refiere a la figura del pastor y su perro y el modo cómo ciertas asociaciones han delegado en la cerca de alambre de púas la función del pastoreo. Las púas mantienen al rebaño unido tal como lo hacían los ladridos del perro (Latour, 2005). El segundo ejemplo se refiere a la figura del oficial de tránsito y el modo cómo se ha delegado en las bandas rugosas, o policías acostados, la función de hacer disminuir la velocidad a la que se desplazan los conductores por zonas muy pobladas (Callon y Latour, 1992).

A primera vista, en estos ejemplos el punto de partida parece ser la voluntad resolutive de los seres humanos, pero los materiales de los cuales dispone también aportan agencia. La consistencia y forma del alambre de púas así como la resistencia a la acción mecánica de la banda de asfalto o de concreto, nivelan la importancia ontológica de los actores en el marco de las asambleas o asociaciones.

En todo caso, el principio de simetría descentra la atención que se presta a los actores humanos y aumenta el rango comprensivo al incluir actores no-humanos. Así, la implementación o modificación de cualquier red de asociaciones tiene por fuerza que tomar en cuenta a la gente y, también, a las cosas. Este principio nos permite considerar psicosocial lo que en el marco tradicional de nuestra disciplina, la psicología social, sería imposible considerar como tal, por ejemplo, un semáforo o un disco compacto. En resumen, la ANT centra su interés en rastrear conexiones y, luego, en describirlas. Para lograr lo primero, podemos servirnos de la etnografía; para lograr lo segundo, de la descripción densa, cosa que matizada por los argumentos que venimos sugiriendo bien pudiera denominarse “cuasi-etnografía sociotécnica”.

Ahora bien, los autores de este artículo venimos realizando sendas investigaciones dentro de ese marco. Diferimos en nuestros temas y objetivos de investigación y, por razones de espacio, es imposible ofrecer detalles de cada una. Sin embargo, las referiremos mínimamente para dejar más o menos clara la relación entre etnografía y temporalidad en casos concretos y cómo se expresa la descripción densa.

1. Breve alusión al cosmos semafórico

En muchas calles de la ciudad de Barcelona, se puede leer este escrito informativo trazado sobre el asfalto: “En Barcelona, 1 de cada 3 muertos de tráfico iba a pie. ¡Atención, todos somos peatones!” Por disposición del *Ajuntament* de Barcelona, ha sido rotulado en 171 cruces de la ciudad. Según un estudio del mismo *Ajuntament* (López, 2009), en las zonas rotuladas los atropellos se redujeron en un 54%.

Puesto que es evidente que los mediadores no humanos juegan un rol importante en hacer sostenible la continuidad existencial de las personas, la primera de nuestras investigaciones ha consistido, precisamente, en rastrear las conexiones que se producen entre humanos y no-humanos en algunos cruces gestionados semafóricamente en Barcelona. Puesto que era imposible ver todos los cruces, ni ver algunos en todos sus momentos, se decidió dispersar espacialmente el registro y

comprimirlo temporalmente. En lugar de decidir a priori observar cruces siguiendo criterios de importancia, flujo de entidades, etc. se decidió que el observador estuviera siempre dispuesto a registrar lo que sucedía en los cruces por los que pasara. En este sentido, asumimos que registrar no siempre responde a una necesidad de sistematización integral, ni a la idea de un tiempo de registro prolongado continuo y secuencial, sino que puede responder a una actitud flotante de captación del acontecimiento en un instante dado. El carácter flotante, asistemático e intermitente del registro se vio enriquecido por los aportes de la ANT y ha determinado el carácter denso del diario de campo. He aquí un ejemplo:

Barcelona, 06/01/10

Algunas de las conexiones que se pueden rastrear a partir del rojo del semáforo son imprevisibles y pueden revelarse en cualquier momento. Sólo hay que estar atento para notarlas. Hoy, a eso de las seis de la mañana tuve que ir a urgencias en un hospital. Una vez realizada la consulta médica, había que volver a casa. Debido a la hora y a mi padecimiento, decidimos coger un taxi. Fue fácil. Subimos y dimos la dirección; procedimiento habitual en estos casos. El conductor, aunque pudiera esperarse que supiera inmediatamente a dónde ir, pidió más detalles. Ya había puesto a funcionar el taxímetro y yo pensé “está haciendo tiempo”. No suelo pensar sin datos suficientes que el Otro es inmoral, pero esta vez, puede que por mi malestar y por el poco dinero que llevaba en el bolsillo, me dio por conjeturar eso. Dimos más detalles e iniciamos el recorrido. Pues bien, exactamente 5 veces el semáforo nos pilló en rojo, y el taxista cumpliendo la norma con rigor luterano, esperó pacientemente ante la soledad de aquellas calles del Eixample izquierdo, el verde correspondiente para avanzar. Al final, la tarifa resultó ser dos euros más que la tarifa de ida al hospital.

Al margen de la honestidad del taxista, vemos aquí que el rojo del semáforo en horas de la madrugada se conecta con lo que muy rápidamente pudiera llamar demora productiva. Es un tiempo “muerto” que se traduce en beneficio económico para el taxista medido por otro dispositivo tecnológico, el taxímetro que pasa de ser un agente regulador de las tarifas a ser un agente facilitador del engorde de las tarifas. Incluso, me atrevería a decir que en estos casos el taxista acata la norma porque ésta opera a su favor y establece una relación de simpatía estratégica con el taxímetro y con la radio que le distrae mientras espera. Aclaro que con esto no estoy diciendo que el taxista me hubiera beneficiado si se saltaba todos los rojos. Solamente estoy

diciendo que existe una conexión de interés pecuniario entre el tiempo del rojo y el tiempo del taxista. Habría que ver si cuando el apuro es del taxista y no de los usuarios se invierte esa correlación.

2. Una cultura del narcotráfico objetivada y cambiante

El trabajo de campo de la segunda investigación se realizó en la ciudad de Culiacán, capital del estado de Sinaloa, ubicado en la zona noroeste de México, entre octubre de 2009 y febrero de 2010. La idea fue observar la red de asociaciones heterogéneas que se forma a partir de dos nodos específicos: los jóvenes y un género musical denominado narcocorridos, que dicho resumidamente son relatos cantados que tratan sobre aspectos relacionados con el narcotráfico. Las condiciones de violencia que se vivían y se mantienen actualmente en México, dificultaron contactar con colaboradores para la investigación y acceder a espacios seguros para realizar observaciones. Tomando en cuenta esto, se procedió con cautela; todos los entrevistados participaron voluntariamente y fueron contactados utilizando la técnica de bola de nieve. Así se garantizaba tanto la seguridad del investigador como la confianza de los participantes. Las visitas al campo fueron esporádicas, cambiantes y en ocasiones imprevistas. Se realizaron en los momentos que se estimaron oportunos y durante el tiempo que se consideró adecuado. La imprevisión se debió a que, al tratarse de la presencia de la música en la vida cotidiana, en muchas ocasiones la situación emergía sin que se la buscara. En la calle podían encontrarse jóvenes escuchando música sin necesidad de ir a por ellos. El cambio constante se debió a que el registro no se realizó en un único espacio. Fue necesario ir a diferentes lugares como conciertos, ferias, tiendas de discos, fiestas, ensayos de músicos. Igualmente, fue necesario hablar con jóvenes aficionados a los narcocorridos, con jóvenes músicos intérpretes de ese género musical, técnicos de audio, vendedores de discos y encargados de tiendas especializadas en música nortea, que obviamente no se encontraban en el mismo sitio y estaban disponibles en tiempo diferentes y por periodos dispares. A continuación se muestra un fragmento del diario de campo:

Este fragmento está basado en una observación previa a la entrada de un concierto [...]. Decidí llegar antes para observar lo que ocurre previo a un concierto; quiénes van, cómo se organizan y qué es lo que ocurre a las afueras del local. Tal como sugiere la literatura, el narcocorrido es un género musical escuchado preferentemente por jóvenes (Edberg, 2004; Mondaca, 2004; Simonett, 2004a;

Valenzuela, 2002). Este evento no era la excepción. Aunque no observé únicamente a jóvenes llegar al local, sí constituían la mayoría.

La vestimenta de los asistentes me impactó. Funcionó para mí como eso que Barthes (2009) denomina *punctum*, refiriéndose a lo que en una imagen atrae y llama la atención a primera vista. Este impacto no fue casual. Aunque era de noche, llamaron mi atención los destellos de luz que provenían de brillantes incrustados en la vestimenta de uno de los asistentes. El deslumbramiento de una pieza me conectó con otras. Noté que eran varias las que tenían incrustadas piedras de colores brillantes y los diseños eran más o menos similares entre sí. En este caso, me centré en una pareja (hombre-mujer) ubicada cerca de unas lámparas. La ropa era marca Ed Hardy, y el brillo estaba literalmente pegado a su ropa. El hombre era alto, moreno, de complexión gruesa, más próximo al cuerpo obeso que al atlético; su barba cerrada era prominente; usaba una camiseta negra y el estampado por delante y por detrás consistía en un corazón apuñalado sobre una calavera con rosas y garras en la base; las piedras figuraban en medio. Recordé las portadas de dos discos de rock: *Appetite for destruction* de Guns'N'Roses y *Killers* de Iron Maiden. Su pantalón era oscuro de mezclilla y zapatos de vestir negros. También llevaba una cadena y un reloj de extensible negro. La cadena era plateada y aunque la traía por debajo de la camiseta la parte visible resaltaba en su cuello. Parecía un rosario. No pude detallar el reloj. Además, por fuera del pantalón traía colocados dos dispositivos de comunicación móvil; los dos parecían teléfonos celulares, pero es probable que uno de ellos fuera un radio. Su apariencia y esa forma de vestir está próxima a la estética de los motociclistas *choppers*. Tal vez sea extraña la asociación que establezco sabiendo que me encuentro afuera de un local en el que habrá un concierto de música nortea; y me sorprende de encontrar un look que asocio a la rebeldía y juventud más que al estilo campirano de la música nortea.

La mujer era esbelta y voluptuosa, morena y de estatura media, aunque el tacón de su calzado le ayudaba a verse más alta. Resaltaba su cabello negro, alaciado y largo. Una cola de caballo le colgaba hasta las caderas. Su vestido y zapatillas eran amarillos como el plumaje de un canario o la yema de un huevo de gallina. El vestido era escotado, corto y ajustado al cuerpo. Tenía un diseño muy similar al de su acompañante, calaveras, rosas, corazones y brillantes. Sus zapatillas tenían tacón delgado y alto y estaban decoradas con un diseño parecido al de su vestido; al costado exterior del calzado era visible la firma de la marca Ed Hardy. Además de los

brillantes en su vestido, también los usaba en las uñas de sus manos, que eran largas y decoradas, no pude observar los detalles de su decoración, pero sí distinguir el brillo. Sus accesorios también eran bastante llamativos; su bolso era negro, brillante y con una pequeña placa dorada en el centro de la bolsa, en la que era visible la firma de la marca Louis Vuitton.

Esta vestimenta entre los aficionados al narcocorrido se conoce como moda buchona o moda enferma. Y el que la lleva se conoce como buchón o buchona. Su extravagancia es reconocible a distancia.

Lo que en el argot cotidiano los jóvenes describen, identifican y definen con naturalidad y facilidad como buchón o enfermo, los académicos lo traducen como patrones relacionados a la narcocultura (Astorga, 1995, 1996; Córdova, 2005; Simonett, 2004b; Valenzuela, 2002). Estos elementos han ido cambiando, y la vestimenta es un ejemplo de ello (Sánchez, 2009). Así describía Helena Simonett, hace menos de una década, algunos elementos de la narcocultura:

La mayoría de estos hombres lucen gruesos medallones de oro sobre su pecho con la imagen de Malverde, junto a la medalla de la Virgen de Guadalupe y del Jesús crucificado [...] El precio de dicha camisa de seda equivale al ingreso que percibe un campesino en un lapso de cuarenta días (el salario mínimo en México, en 1996 equivalía a US\$3). Su precio en Los Ángeles abarca entre los 50 y 200 dólares y los de las cadenas de oro y los de las medallas se cotizan desde los 10 mil dólares (2004b, p. 224).

Si bien en las descripciones académicas es evidente el cambio en la forma de vestir; lo que no ha variado es el consumo y ostentación de productos de alto costo. Cambian las modas y las marcas, incluso los objetos, pero en su tiempo cada objeto causaba un efecto similar de distinción. Sánchez (2009), junto con otros investigadores, afirma que en la narcocultura participan sólo personas pertenecientes al tráfico de drogas. Actualmente, no es así. Durante las entrevistas informales a jóvenes usuarios de narcocorridos, me comentaban que es una moda que usan también quienes no son narcotraficantes. Hay quienes les gusta y tienen la manera de darse esos lujos. Pero hay quienes quieren parecer narcotraficantes, y los denominan: los *wannabe*, es decir, que quieren usar marcas originales pero no pueden acceder a ellas. Me decían que para fortuna de varios, en México existían replicas idénticas. Así, se puede decir que entre los que son, los que parecen y los que quieren ser, se da un efecto de

mimetización con lo que se hace imposible realizar una distinción, aunque deja clara la conexión entre el narcocorrido y agentes heterogéneos como la ropa *trendy*, la deseabilidad social, el consumo, la búsqueda de status, las categorías académicas, lo masculino, lo femenino, la vida nocturna, la diversión y, en general, los jóvenes. Evidentemente, no es sólo música.

Palabras Finales

En este texto hemos mostrado, de una manera bastante resumida, un punto de vista particular que a su vez se resume en una idea igualmente particular y sobre todo comedida: saber más, en ciertas ocasiones, no supone invertir un tiempo prolongado en la elaboración de ese saber. A veces, se tiene bastante para lo que se necesita. Si bien resulta imposible (y tampoco es nuestra intención) cuestionar o desmeritar los logros de la etnografía tradicional omnímoda y titánica, consideramos pertinente para los que nos movemos en una esfera más modesta de producción de conocimiento, ensayar aproximaciones al campo como la que supone la cuasi-etnografía sociotécnica. El mundo es demasiado asistemático, cambiante y profuso como para esperar producir reportes sistemáticos, estáticos y puntuales sobre él. Esto no significa que abogamos por una especie de conocimiento desordenado, desconcertante y confuso, es decir, acientífico. Más bien sugerimos una práctica abocada al empleo de toda la habilidad y esmero interpretativos disponibles en la ejecución de un trabajo de campo al interior de un marco temporal reducido. Esta prolijidad prudente y de temporalidad mínima, puede proporcionarla el maridaje entre la ANT, la descripción densa y la etnografía, aun cuando es posible procurarla desde otras perspectivas de las ciencias sociales.

Referencias

- Agar, M. (2004). Ethnography. *International Encyclopedia of Social and Behavioral Sciences*, 7, 4857-4862.
- Astorga, L. (1995). *Mitología del "narcotraficante" en México*. México, D.F: UNAM.
- Astorga, L. (1996). *El siglo de las drogas*. México, D.F: Espasa.
- Augé, M. (1987). *El viajero subterráneo: Un etnólogo en el metro*. Barcelona: Gedisa.
- Barthes, R. (2009). *La cámara lúcida*. Barcelona: Paidós.

- Bouché, J. (1994). Etnografía, etnología y antropología (Un enfoque pedagógico). En E. López-Barajas y J. Montoya (Eds.), *La investigación etnográfica. Fundamentos y técnica* (pp. 69-85). Madrid: UNED.
- Callon, M., y Latour, B. (1992). Don't throw the baby out with the Bath school! -a reply to Collins and Yearley. En A. Pickering (Ed.), *Science as practice and culture* (pp. 343-368). Chicago: Chicago University Press.
- Córdova, N. (2005). *La "narcocultura" en Sinaloa: Simbología, transgresión y medios de comunicación*, Tesis de Doctorado, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D.F.
- Denzin, N. (1997). *Interpretive ethnography*. London: Sage.
- Edberg, M. C. (2004). *El Narcotraficante: Narcocorridos and the construction of a cultural persona on the U.S.-Mexico border*. Austin: University of Texas Press.
- Geertz, C. (1987). *La interpretación de las Culturas*. México: Gedisa.
- Goetz, J., y LeCompte, M. (1988). *Etnografía y diseño cualitativo en investigación educativa*. Madrid: Morata.
- Hammersley, M., y Atkinson, P. (1994). *Etnografía: Métodos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Hennion, A. (2002). *La pasión musical*. Barcelona: Paidós.
- Hennion, A. (2003). Music and mediation: Towards and new sociology of music. En M. Clayton y R. T. Herbert (Eds.), *The cultural study of music: A critical introduction* (pp. 80-91). London: Routledge.
- Hennion, A. (2010). Gustos musicales: De una sociología de la mediación a una pragmática del gusto. *Comunicar. Revista Científica de Educomunicación*, XVII(34), 25-33.
- Hymes, D. (1993). ¿Qué es la etnografía? En H. Velasco, F. J. García, y Á. Díaz de Rada (Eds.), *Lecturas de antropología para educadores: el ámbito de la antropología de la educación y de la etnografía escolar* (pp. 175-195). Madrid: Editorial Trotta.
- Íñiguez, L. (1995). Métodos cualitativos en Psicología Social: Presentación. *Revista de Psicología Social Aplicada*, 5(1/2), 5-26.
- Íñiguez, L. (1999a). Rigor, honestidad y compromiso: Persona y método en la investigación social. En P. Albertí (Ed.), *Consumir heroína: relaciones, significados y vida cotidiana* (pp.10-15). Girona: Universitat de Girona.
- Íñiguez, L. (1999b). Investigación y evaluación cualitativa: bases teóricas y conceptuales. *Atención Primaria*, 23(8), 496-502.

- Jeffrey, B., y Geoff, T. (2004). Time for ethnography. *British Educational Research Journal*, 30(4), 535-548.
- Katti, C. (2006). Mediating political "Things", and forked tongue of modern culture: A conversation with Bruno Latour. *Art Journal*, 65(1), 94-115.
- Latour, B. (1992). *Ciencia en acción*. Barcelona: Labor.
- Latour, B. (2001). *La esperanza de Pandora*. Barcelona: Gedisa.
- Latour, B. (2005). *Reassembling the social. An introduction to actor-network theory*. New York: Oxford University Press.
- Latour, B., y Woolgar, S. (1995). *La vida en el laboratorio: La construcción de los hechos científicos*. Madrid: Alianza Editorial.
- López, M. (2009, junio 10). Barcelona señala 171 cruces y pone barandillas en 73 contra atropellos. *20 Minutos*, p. 3.
- Malinowski, B. (1975). *Los argonautas del pacífico occidental (2 ed.)*. Barcelona: Península.
- Malinowski, B. (1993). Introducción: objeto, método y finalidad de esta investigación. En H.Velasco (Ed.), *Lecturas de antropología social y cultural. La cultura y las culturas* (pp. 113-183). Madrid: UNED.
- Mondaca, A. (2004). *Las mujeres también pueden. Género y narcocorrido*. México: UdeO.
- Murtagh, L. (2007). Implementing a critically quasi-ethnographic approach. *The Qualitative Report*, 12(2), 193-215.
- Ogbu, J. (1993). Etnografía escolar. Una aproximación a nivel múltiple. En H. Velasco, F. J. García, y Á. Díaz de Rada (Eds.), *Lecturas de antropología para educadores: el ámbito de la antropología de la educación y de la etnografía escolar* (pp. 145-175). Madrid: Editorial Trotta.
- Parker, I. (1989). *The crisis in modern social psychology, and how to end it*. London: Routledge.
- Pujadas, J. (2010). *Etnografía*. Barcelona: UOC.
- Ryle, G. (1990). *Collected papers (2)*. Bristol: Thoemmes.
- Sánchez-Candamio, M. (1995). La etnografía en Psicología Social. *Revista de Psicología Social Aplicada*, 5(1/2), 27-40.
- Sánchez, J. (2009). Procesos de institucionalización de la narcocultura en Sinaloa. *Frontera Norte*, 21(41), 77-103.

- Simonett, H. (2004a). Subcultura musical: el narcocorrido comercial y por encargo. *Caravelle (Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Bresilien)*, (82), 179-193.
- Simonett, H. (2004b). *En Sinaloa nació: Historia de la música de banda*. México: Asociación de Gestores del Patrimonio Histórico y Cultural de Mazatlán.
- Spradley, J. P. (1980). *Participant observation*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Velasco, H., y Díaz de Rada, Á. (1997). *La lógica de la investigación etnográfica: Un modelo de trabajo para etnógrafos de la escuela*. Valladolid: Trotta.
- Valenzuela, J. M. (2002). *Jefe de jefes: corridos y narcocultura en México*. México, D.F: Plaza y Janés.
- Werner, O., y Schoepfle, M. (1993). Cuestiones epistemológicas. En H.Velasco (Ed.), *Lecturas de antropología social y cultural. La cultura y las culturas* (pp. 113-183). Madrid: UNED.
- Wilcox, K. (1993). La etnografía como una metodología y su aplicación al estudio de la escuela: una revisión. En H. Velasco, F. J. García, y Á. Díaz de Rada (Eds.), *Lecturas de antropología para educadores: el ámbito de la antropología de la educación y de la etnografía escolar* (pp. 95-126). Madrid: Editorial Trotta.
- Willis, P., y Trondman, M. (2002). Manifiesto for Ethnography. *Cultural Studies and Critical Methodologies*, 2(3), 394-402.
- Wolcott, H. (1993). Sobre la intención etnográfica. En H. Velasco, F. J. García, y Á. Díaz de Rada (Eds.), *Lecturas de antropología para educadores: el ámbito de la antropología de la educación y de la etnografía escolar* (pp. 127-145). Madrid: Editorial Trotta.
- Woods, P. (1987). *La escuela por dentro: la etnografía en la investigación educativa*. Barcelona: Paidós.